

die: asomóse á su alcoba, y vió á mistress Needle arrodillada delante de la Virgen, con el libro delante, y las sienes clavadas enmedio de sus dos manos. La oyó mistress Needle, y saliendo de su casi enajenación, fué á su encuentro y la tendió loz brazos, diciendo:—Abrázame, soy tu hermana.... católica.—No pudo añadir más: las frases quedaron ahogadas por su profunda emoción. Abrazáronse las dos, se besaron y miráronse mucho rato sin decir palabra, vertiendo las más deliciosas lágrimas que habían derramado en su vida.

## LXXXVI

## CLARA Y CLEMENCIA.

Muchas y cordiales fueron las cosas que dijéronse mistress Needle y Julia después de abrazarse por primera vez como hermanas en Jesucristo, pero las habían dicho con los ojos, con las lágrimas y con el silencio. Por fin prevaleció la precisión recíproca de explicar y entender el misterio de tan subitánea mutación. Refirió mistress Needle, con el ardor de su alma hermosa, todas las peripecias interiores de la noche, refiriendo hasta los detalles más leves, por los que llenábase Julia de gozo.

magnificando la divina bondad. Cien veces mas grande era el profundo sentimiento de placer exuberante, cuando poco después añadía la neófita:—Era católica, era católica hace mucho tiempo, y no lo advertía; si bien estaba convencida, casi no me atrevía yo á confesármelo, y mucho ménos á mover los piés para obrar según mi conciencia.

En prueba de lo cual recordaba las cosas ocurridas, que se vió en Turin á punto de hacer un acto de fe y adorar la Eucaristía, en la iglesia del *Corpus Domini*, así como que al fin de sus disputas con su hijo, casi siempre le daba la razón á ella, aunque por su timorata conciencia se creía obligada á mostrarse hostil.

—¿Y nunca, preguntó Julia, por espantaros el *papismo* secretamente?

—Demasiado tenía ese miedo, respondió la Needle, persiguiéndome de continuo; mas nunca cometí la perfidia de repeler por un puntillo la verdad conocida: podría jurarlo. Soy orgullosa con los hombres á veces; delante de Dios, nunca: temo en su presencia. Lanzaba de mí las inspiraciones como si me las surgiera el enemigo. A lo más, puedo haber cometido la culpa de cerrar el espíritu al examen de lo verda-

dero, cuando me parecía que brillaba delante de mí: que Dios me perdone por ello.

—Esto me consuela, dijo Julia: á lo menos al confesaros no debéis decir que habéis pecado contra el Espíritu Santo.

—¿Crees que nunca he cometido este pecado?

—Lo creo. Lo hubieseis cometido cuando, después de reconocer la falsedad de la Iglesia en que nacisteis, os hubiérais obstinado en permanecer en ella. El pecado contra el Espíritu Santo supone, no solamente la formal herejía, sino la pertinacia en sostener el error, y aún cierta obstinada animosidad que hace combatir como falso lo que la conciencia íntima ve como verdadero.

—¡Oh! Esto no; no, de veras. Me asustaba tener que afrontar la verdad, que veía de vez en cuando erguirseme delante: hé aquí todo.

—Es el caso, contestó Julia, de innumerables protestantes. La hora y el momento en que su miedo se transforma en irracional, así como en malvado y culpable, no más la reconoce la conciencia, y frecuentemente sólo Dios. Muchos heterodoxos, entrando en la Iglesia católica, pueden de-

cir que nunca fueron herejes de un modo formal, sino personas engañadas por el error.

—Y John, ¿crees que fué un hereje?

—Menos que nadie: he descubierto en él sólo un leal adversario de la verdad, detenido acaso algún tiempo por los errores, y después. . . .

—¿No sabes que es católico declarado? dijo la señora.

—¿Es posible! contestó Julia: ¡y no decirme nada!

—Es católico como soy católica yo. . . . hace dos semanas. . . .

—¿Ha hecho la retractación?

—Harémosla juntos. . . .

—Conoce vuestra resolución?

—No: eres la primera que la sabes.

Julia se informó del hecho con ansiedad gozosa, bendiciendo mil veces á Dios, por haberla consolado al fin, según sus ansias supremas. Fué una hora de paraíso.—Ahora, decía la joven, aunque algo suceda que nos separe sobre la tierra, me anima la esperanza de que todos nos volveremos á ver en la gloria: tiempo allá tendré para daros gracias por los beneficios que os debo.

—Los deudores somos nosotros contigo, replicó la Needle. . . . deudores de la sal-

vación eterna, y deudores de todo, después de Dios. . . . aunque también á mi hijo le debo no poco. No te puedo decir qué impresión causaron en mi alma aquellos papeles suyos que á hurtadillas no cesaba de leer. . . . Dolíame no lograrlos refutar, y envolverme yo misma en las dudas que me promovían contra la iglesia anglicana. Otro gran empujón me dió lo que hizo sir Roberto. ¡Cuánto me costó rechazar entonces la gracia de Dios! En la gruta de Lourdes después, estuve á punto de llamarme católica. . . . No gozé de paz desde aquel día. . . . Empero aún no me habías puesto entre la espada y la pared, ni me habías hecho brillar aquella cosa terrible del pecado contra el Espíritu Santo; me lisonjeaba siempre de mi fe, y, para no perderla, tenía cerrados los ojos á la luz que me deslumbraba. En fin, por haber tardado en rendirme, quiero apresurarme ahora. Hablaré con John, entendiéndome con él á fin de que termine la obra en breve. Cada hora me parece que tardo mil años á recibir la santa comunión de Jesucristo real. . . . Sólo falta ganar á mis hijas para que la fiesta resulte completa; y espero. . . .

—¿Que esperar? dijo Julia intrrumpién-

dola: están bellamente convertidas por sí propias.

—¿Qué quieres decir...? Temo violentar su conciencia.

—¡Qué! respondió Julia: ¿ignorais que todos los bautizados son católicos hasta el día en que se posesiona el error de su mente, aceptándolo con su voluntad? Ahora bien: las dos criaturas son vírgenes de todo error voluntario; si alguno hubiesen llegado á tener, es un tósigo que no ha tenido tiempo para envenenarlas. Que no os preocupen: miéntras hablais con vuestro hijo, las llamo aquí, y en cinco minutos haré católicas á esas dos herejitas, inocentes como dos ángeles.

—Obra como quieras, dijo la señora: en tí confío.—Y se despidió para ir en busca de su primogénito.

Oyó éste la resolución de su madre, alegrándose sin entusiasmo, y casi sin dar señales de asombro. Mistress Needle se preocupaba por ello, y dijo:—Al parecer apenas das crédito á mis palabras: hablo de veras.

—No lo dudo, respondió John: esperaba lo que ocurre. Por esto iba ganando tiempo, á fin de hacer la ceremonia con los demás de la familia.

—¡Oh! ¿Imaginabas que yo estaba próxima á seguirte?

—Me parecía cierto que, si no era hoy, sería mañana.

—Pero ¿por qué?

—Porque, dijo el joven, nunca sabíais darme una razón que me contentase cuando os hablaba como católico, y mucho menos que os contentase á vos.—

Se quedó la madre llena de pasmo al ver sus internas disposiciones tan vivamente penetradas y descritas por su hijo. No había nunca sospechado en él un discernimiento tan sagaz.—¡Bendito sea Dios! exclamó. Tienes una penetración cien veces mayor de lo que me figuraba. Exactísimo es lo que dices. Veis mejor en mi corazón que yo misma. ¡Claro! Hasta sir Roberto me lo predijo. Parecíame imposible. Adelante; ¿cuándo quieres que le imitemos?

—Por mí, mañana. Cuando he dicho una cosa, la sostengo. Tomaré vuestras órdenes; cuando esteis dispuestas vos y mis hermanas, haré la retractación y lo demás que sea necesario.

—¿Públicamente?

—Según os plazca: con indiferencia miro que se sepa ó ignore; no quiero ni ostentación ni respetos humanos. Me hago ca-

tólico para contentarme á mí; una vez contento, poco me cuido de que los demás estén alegres ó tristes: ya sabeis como Dios me ha hecho.

Bueno, ven, dijo la madre, llena de nuevo gozo; ven, hijo mío; hablemos con Julia, pongámonos de acuerdo, y veamos qué se debe hacer.—

Movióse John en seguida. La grave y sosegada matrona subía los escalones muy ligera, y casi saltando; parecía tener alas en los piés, sintiéndose remozada y como renacida para los afectos de la familia. Mas vivo, más dulce y más tierno era para ella el pensamiento de los hijos, y el gozo de ser correspondida, ahora que creía poderlos abrazar á todos en un feliz acuerdo religioso. Era la vez primera que pasaba John el umbral del cuarto de Julia, lo que no hizo sin un sentimiento de curiosidad y de respeto. Allí estaba Clara y Clemencia, con los ojos humedecidos, suplicando á su maestra que las condujese á su templo con la mamá y su hermano, prometiendo gustosamente obedecer en cuanto les mandara, á fin de que merecieran la gracia.

Habíalas llamado la joven, y convertido sin la menor dificultad del mundo, siendo las muchachas sólo dos almitas cándidas,

educadas con infinitas consideraciones á su inocencia, y dispuestas á conformarse sin recelo con cualquiera forma de piedad que las presentara su madre ó Julia. Las propias opiniones de la Iglesia anglicana no tenían raíz alguna en sus virginales corazones, sobre todo porque en las sectas protestantes el ejercicio de la religión, siendo heladísimo y aéreo, como llega poquísimo al alma de los adultos, apenas descende á labrar las almas de los párvulos. Un niño católico bebe la religión con la leche, la sorbe con los besos de su madre que le inspira los nombres del Salvador y de la Virgen; la lee en las imágenes sagradas; la ejercita en las funciones de la iglesia á que asiste, y en el pesebre ó en el altarcito que hace en su casa; la estudia en los catecismos y en la historia sagrada; la siente como compañera, por su fe viva en el ángel custodio; prueba sus dulzuras en los afectos á la Virgen y á los Santos tutelares; la practica en la abstinencia de los viernes y del sábado; vislumbra su gracia y su freno en la confesión; atrae su blásamo en las devociones caseras del Rosario, del escapulario y del agua bendita. Mas el niño protestante, si no sufre para todo el amor maternal, crece en el desierto como

triste planta pequeña, que casi ni riega la rociada de alguna relación bíblica, y vive á la sombra muerta de un templo que nada dice á su mente, hablando menos á su corazón. Clara y Clemencia verdaderamente sólo tenían de protestantes algunas preocupaciones que soplára en sus oídos su madre, y el horror ciego al *papismo*, preocupaciones y horror desvanecidos por la perenne conversación de Julia, que sin entrar en el dogma, les había inspirado las virtudes propias de su edad, enamorándolas con su ejemplo de la Religión católica.

En su virtud, Julia, que tan bien las conocía, así que las tuvo en su cuarto, les dijo con actitud grave.—Niñas mías, hoy tengo que daros una gran noticia: escuchadla bien, por ser grande y trascendental de veras, debiendo interasaros en esta vida y en la otra, que es eterna... eternamente feliz en el paraíso, ó eternamente atormentada en el infierno, según lo que merezcamos practicando la verdadera Religión, ó la falsa... Hé aquí la noticia: vuestra excelente mamá y vuestro hermano, desde hoy en adelante son católicos...

Un ¡oh! largo y atónito salió á un tiempo de la boca de las dos niñas.

—Sí, son católicos, prosiguió Julia; ca-

tólicos lo mismo que yo y Kelerina. Esto quiere decir que la mamá y John, desde ahora en adelante no tendrán nada que hacer en el templo del ministro Star; irán, por el contrario, á la iglesia de los católicos... Aprenderán el Catecismo, y después harán en la iglesia la ceremonia por la que se cambia de religión; dejando para siempre todos los *Prayer book* en el rincón del olvido. Ya se comprende que para que la iglesia católica los acepte, deberán ante todo confesarse de sus pecados; mas aún aquí hay el consuelo de conseguir el perdón de Dios y de tener las almas puras é inmaculadas como palomas. Mucho más; tendremos el honor y la dicha de adorar á Jesucristo, Salvador de nuestras almas; adorarlo vivo como cuando bajó del cielo á la tierra por nuestra salvación...

Clara preguntó interrumpiéndola— Pero... ¿se ve?

—No, repuso Julia, no se ve con los ojos de la frente, mas si con los del espíritu; porque dice Jesús en el Santo Evangelio que el Pan de la Eucaristía, cuando es consagrado por el sacerdote, se transforma en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo. Ahora bien. Su palabra nos asegura mucho más que la vista. Por esto nosotros,

convertidos á la verdad, recibiremos amorosamente al buen Jesús en nuestro corazón como los Apóstoles cuando hicieron la santa Cena en Jerusalén.

Clara nuevamente:—¿Con que la mamá y John harán la santa Cena en templo contigo. . . .? ¿Y nosotras?

—Vosotras dos, dijo Julia, hareis lo que os plazca. Si os place aprender la Religión católica, os la enseñaré; si no, ireis solas al templo anglicano, acompañadas por miss Mary.

—No, no, respondieron á porfía las pequeñas; queremos ir con la mamá, con John y contigo.

—Pensadlo bien, les dijo la madre, que llegaba entónces, y había oído parte de la conversación de Julia. Nadie os fnerza; libres sois para venir ó no venir conmigo.

—Mamá, queremos ir con vos, John y Julia. . . .

Julia:—Pronto se dice *queremos, queremos*; ¿estais decididas á ser verdaderamente buenas, como es preciso para entrar en la Iglesia católica? ¿Lo quereis aprender todo?

—Todo, todo.

—¿Y confesar tambien los pecados?

Afirmó Clara que sí:—Si tú lo haces, lo

puedo hacer también.—Más la pequeñita suscitó esta dificultad de paloma:—Yo no sé cuales son mis pecados.

—Si no surge otra dificultad, no es cosa grave, dijo Julia; recuerdo todos los tuyos y te los diré al oído, cuando te hayas de confesar.

—Entonces confesaré todos los que me digas.—

La salida de la ingénua criatura hizo que se mezclara un poco la sonrisa en la grave y solemne consulta que á comenzar iba. No se agitó más el punto de la conversión de las hijas de mistress Needle, que se reputaban venturosas de poder al fin seguir las ansias de su corazón inocente, sin temer descontentar á su mamá. Hablábase del bautismo condicional; se hacían mil planes de vida católica, de piedad, de sumisión al Vicario de Jesucristo, y de apostolado. Era dulce para Julia coger copioso el fruto de la semilla echada con lágrimas y temores durante un año.